ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

EL NIDO
DE AMORES,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

ROQUE FERNANDEZ YZAGUIRRE.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1880.

EL NIDO DE AMORES.

714033

EL NIDO DE AMORES,

JUGETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

ROQUE FERNANDEZ YZAGUIRRE.

Estrenado en el Teatro ESPAÑOL el 24 de Enero de 1880.

MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.

1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARGARITA.....	D.ª Luisa G. Calderon.
JUSTINA.....	D.ª Amalia Chaman.
DOÑA JUANA.....	D.ª Rita Revilla.
PEPE, marido de Justina.....	D. José Alisedo.
PABLO, idem de Margarita.....	D. Fernando Calvo.
QUINTIN, portero.....	D. Julian Castro.

La accion se supone en una casa del barrio de Salamanca.
Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EMINENTE AUTOR DRAMÁTICO

DON LEOPOLDO CANO Y MASAS

EN TESTIMONIO DE ADMIRACION Y GRATITUD,

su verdadero amigo

R. F. Yzaguirre.

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/elnidodeamoresju00fern

ACTO ÚNICO.

Sala de regular aspecto. Á la izquierda del actor, muebles elegantes. Á la derecha un armario de pino, velador y sillas de pobre apariencia. Biombo frente á la puerta de la izquierda, paralelo á ella. Palmatoria con bujía ardiendo colocada sobre el velador.

ESCENA PRIMERA.

QUINTIN, con un plumero.

Pues señor, en gran compromiso me encuentro! Esto de ser portero de una casa habitada por los dueños, tiene muchos inconvenientes! «Quintin, me dice esta mañana la señora—haga usted que conduzcan los muebles que he mandado traer al cuarto sotabanco de la izquierda: que limpien el suelo; que quiten el polvo y lo dejen todo lo más decente posible...» Pero, quién me manda á mí tener buen corazon y compadecerme de un hombre que pasa la mitad del dia emborronando papel y la otra mitad leyendo á grandes voces lo que escribe? El caso es que, á no haber sido prudente y observado el mayor silencio, se me hubieran

podido pegar á las costillas algunos cuantos duros. Esto de haber desaparecido ¡ese infame inquilino llevándose las llaves del cuarto! Creo que ya suben! (Coge la luz y se dirige á alumbrar hasta el foro.)

ESCENA II.

DICHO, DOÑA JUANA, MARGARITA y PABLO.

JUANA. Vamos, niños, hay que ceñirse á las circunstancias; los tiempos se toman como vienen. Tan apresuradamente se ha efectuado vuestro enlace, que ni aun hemos tenido ocasion de preparar lo más *rudimentario*. Esto, á más de que deseais los dos vivir al lado de la familia, ha sido la causa de instalaros aquí... provisionalmente...

MARG. Mamá, nosotros estaremos bien en cualquier parte,—ya te lo hemos dicho muchas veces—con tal de no separarnos de tu lado...

PABLO. Mamá, nosotros estaremos bien en cualquier parte... ya te lo hemos dicho muchas veces...

JUANA. Bien, hijo, bien. (Este muchacho se halla tan prendado de los talentos de mi hija, que nada encuentra más elocuente que repetir las mismas frases de Margarita. Oh! será un esposo modelo!) Dígame usted, Quintin. ¿Se halla todo dispuesto con arreglo á mi sistema? Ya sabe usted hasta qué punto ha llegado mi reputacion de hacendosa y limpia...

QUINTIN. Señora, dígnese usted pasar la vista... digo, no se digne usted pasar la vista...

JUANA. ¿Qué dice este mameluco? (Observando los muebles de la derecha.)

MARG. Me quieres mucho, Pablito?

PABLO. Mucho, Margarita!

JUANA. Oiga usted, señor Quintin. ¿Qué significa aquí este armatoste? (Por el armario.) ¿Quién ha colocado en la habitacion de mis hijos esos indecorosos *artefactos?* (Por

los muebles de la derecha.)

QUINTIN. (Ap.) (¡Dios mio y qué apuro!) Diré á usted, señora: el inquilino del piso segundo me rogó, al desocuparse esta habitacion, le hiciera la merced de guardarle aquí estos muebles por algunos dias, y pensé que...

JUANA. Y quién es usted para permitirse semejantes libertades? No soy yo la dueña de esta casa? Esas son infracciones, abusos incalificables que me hallo resuelta á cortar de raiz.

QUINTIN. (Ap.) (¡Maldito poeta!) Señora, aseguro á usted que...

JUANA. Basta. Puede usted retirarse.

QUINTIN. ¡Ea! jé, jé, jé! Pues que ustedes descansen, señoritos. Jé, jé, jé! Que de hoy en un año la Providencia nos conceda, digo, les conceda...

JUANA. Bueno, bueno. No vaya usted á decir algun desatino... (Váse Quintin.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos QUINTIN.

JUANA. Conque vamos á ver. ¿Están ustedes satisfechos de su nido de amores?

MARG. Sí, mamá, sí. Estamos muy satisfechos. Únicamente que, como se encuentra la habitacion tan alta y Quintin tiene un sueño tan pesado, si nos ocurriera algo...

PABLO. Eso digo yo. Si nos ocurriera algo... como está la habitacion tan alta... Pero estamos muy satisfechos.

JUANA. Tú no hagas caso á esta chicuela. Siempre ha sido muy *espantadiza*... En la ocasion presente me explico que se agregue el miedo habitual al temor que sobresalta, que debe sobresaltar á toda señorita bien educada en la noche de sus esponsales... Porque la consideracion de que una niña se queda á solas con un hombre...

MARG. (Con vivacidad.) No, mamá, por eso no tengo miedo...

JUANA. De todos modos, Pablito, procura animarla. Ten pre-

sente que Margarita es una jóven educada bajo los principios de la moral más austera.

PABLO. Descuide usted, mamá.

JUANA. Ahora bien. Esta habitacion os la he reservado con el exclusivo objeto de que paseis aquí las noches. Comeremos todos juntos en mi cuarto; iremos tambien juntos á paseo; las veladas las pasaremos juntos...

PABLO. (Pues me voy á divertir con mi mamá suegra.)

JUANA. Debo daros los primeros consejos... Rodeada todo el dia de importunos, no he visto ocasion de hacerlo. Venid aquí y sentaros. (Se sientan.) Para ser buenos esposos, la primera condicion consiste en ser buenos casados. Esto no podeis entenderlo todavía; pero voy á explicároslo con la mayor claridad. Quiero decir, que si reñis en alguna que otra ocasion, podeis tiraros los platos á la cabeza... con tal de que despues no os guardeis rencor por ello. Con respecto á lo que pudiéramos llamar el fruto vedado, orígen de reyertas matrimoniales, observad siempre la mayor disciplina... el espíritu de cuerpo, como decía mi esposo!

MARG. (Á Pablo.) ¿Has entendido tú alguna palabra?

PABLO. Lo único que he entendido es que... nos podemos tirar los platos á la cabeza.

JUANA. Procurad el mayor arreglo posible en vuestros gastos. Mi difunto esposo, que era un general sumamente bien educado, un general muy fino, exageradamente fino, como que pudiera decirse que era un verdadero general de salon... durante la época en que fué coronel supo ahorrar cerca de treinta mil duros.

PABLO. (Con naturalidad.) En efecto, Margarita, tu papá era muy fino.

JUANA. No era muy afecto á la milicia. Por lo que tenía una vocacion decidida era por la Administracion Militar. ¡Ah! qué gran cabeza para cuentas! Conque no olvideis mis primeros consejos... y ahora á descansar. (Se levantan.)

PABLO. Descuide usted, mamá. Siempre tendremos presentes sus palabras, que son verdaderas máximas de... ver-

daderos consejos dictados por...

MARG. (Ap.) Dime, mamá. ¿Por qué dirá siempre Horacio, el primito de Sofía, que Pablo es tonto?...

JUANA. (Bah! Él sí que es un majadero! Buen tonto está Pablito, cuando me ha obligado á casaros apresuradamente!) (Alto.) Me marcho. Buenas noches, hijos mios. Yo misma os subiré mañana el chocolate. Me llevo la llave y así no tendreis necesidad de levantaros.

MARG. Adios, mamá, que descanses. (Besándola.)

PABLO. Adios, buenas noches, que descanses, mamá. (Pablo coge la palmatoria y acompaña á Doña Juana hasta el foro.)

JUANA. Vaya, abur. (Cierra la puerta por fuera. Á ser posible debe oirse el ruido de la cerradura.)

ESCENA IV.

MARGARITA y PABLO.

MARG. ¡Ay!! (Suspirando.)

PABLO. ¡Ay!! (Lo mismo.)

MARG. Qué dia, Dios mio, qué dia! Nos obligan á madrugar para ir á casarnos, con un frio y unas impertinencias y un apresuramiento, que ya, ya! Y luégo las amigas, descoloridas de envidia...

PABLO. ¡Justo! de envidia... por el novio...

MARG. Que no dejan las felicitaciones y los cariñitos y las preguntas indiscretas ántes y despues de la ceremonia, áun cuando una ponga la cara séria como debe ponerse en semejantes circunstancias.

PABLO. Y ademas las risitas cuando uno dice: sí!!

MARG. Y luégo las impertinencias del refresco. ¡Hombre! ¿por qué ha de ser indispensable el refresco despues de la ceremonia? ¿Qué necesidad teníamos nosotros, vamos al decir, de refrescarnos?

PABLO. No ves que si no estaríamos ahora muy sofocados... (Con naturalidad.)

MARG. Qué tonterías dices, Pablito!

PABLO. Todo el dia no has dejado de llamarme tonto.

MARG. Yo no te digo tonto... si no... *tonto*! (Cariñosamente.)

PABLO. ¡Ay, Margarita! Durante el dia entero no he deseado otra cosa sino que nos dejáran solos; pero ahora que estamos solos... aun cuando tenía muchas cosas que decirte, noto un entorpecimiento en la lengua, y unas palpitaciones en el corazon, vamos, que me dan ganas de llorar!

MARG. Pues mira, lo que es ganas de llorar malditas las que tengo.

PABLO. Qué felices vamos á ser ¿verdad?

MARG. Muy felices. Yo no sé qué atractivos tiene el amor que todo lo embellece... Se penetra, por ejemplo, en la habitacion de unos recien casados, y se advierte al momento allí, el calorcito del alma. (Con sentimiento.) Cómo dice mamá, la habitacion de dos esposos que se aman, tiene algo de nido; pero nido al fin, conviene que sea recogidito, pequeñueló, con flores...

PABLO. Eso no es una razon, Margarita. Ya ves, el nido de las cotorras será muy grande!

MARG. Escúchame. Yo estoy por el nido recogidito, que es el hogar... Las criaturas son como las aves: viven en bandadas, que es la sociedad; y cuando hay dos que se enamoran, se apartan, se alejan de la murmuradora compañía para formar el regazo. El amor vive del exclusivismo. Ya lo sabes: sobre todo, nada de visiteos!

PABLO. Pues se me figura que no son de tu opinion la mayoría de las mujeres.

MARG. (Y luégo dirá Horacio que mi Pablito es tonto!) Ya verás. Cuando llegue lo primavera, al campo! Allí, léjos de esta sociedad frívola, pasaremos tres ó cuatro meses del año alegremente en nuestra linda posesion... Nos levantaremos tempranito. Nuestras únicas visitas serán á las palomas. Ya verás cuánto nos divertimos! Correremos, reiremos. Mamá vendrá con nosotros...

PABLO. ¡Uf! Te olvidas, Margarita, que el nido debe ser recogidito?

MARG. ¡Bah! Mamá nos cuidará mucho. Mientras llega ese venturoso dia no nos faltarán medios de divertirnos. ¡Tengo magníficos proyectos!

PABLO. Ahora recuerdo que tu mamá me dijo: «Pablito, procura animarla.» (Acercándose.)

MARG. Buena falta me hace! No sé por qué tengo miedo. Me asaltan unos pensamientos tan tristes! Tiene esta habitacion un aspecto así... Ay, Pablo! Si no tuviera tan ciega confianza en tu heróico valor...

PABLO. Ante todo, no hay motivo para que tengamos, digo, para que tengas tanto miedo. Caracolitos!

MARG. ¿Eh?

PABLO. Me alegraría que nos sorprendiera esta noche una cuadrilla de facinerosos para que vieras de lo que soy capaz. ¡Vaya! ¿Si te creerás tú que con este rewólver?...

MARG. Que estará seguramente cargado?

PABLO. Hasta la boca! (Ap.) (No sería mala locura tenerlo cargado y luégo que con cualquier movimiento... ¡paff! Caracolitos!)

MARG. Ya estoy algo más tranquila.

PABLO. Ea, pues vamos á ver las compras que ha hecho esta mañana tu querida mamá.

MARG. Sí, sí. Y ademas haremos un registro por toda la casa. (Pablo coge la palmatoria. Margarita deja el chal, los guantes, y el manguito sobre una butaca y se apoya en el brazo de Pablo. Vánse.)

ESCENA V.

PEPE entrando por la derecha.

Enciende un fósforo y durante las primeras palabras se dirige al armario, lo abre; saca una botella con una bujía colocada á guisa de candelero, la enciende; despues un gran tintero y pluma; todo lo cual deja sobre el velador.

¡Brrr!... Qué noche, señor, qué noche! ¿Á dónde vamos á parar con estos frios? Cada transeunte lleva por

esas calles una estaláctita pendiente de la nariz... En estos momentos, una capa, una buena capa, sería para mí la suprema felicidad. (Pausa.) No hay cosa que nos aliente á luchar contra las adversidades, como el amor á la familia. Dígalo yo si no. Ántes pasaba la vida buscando hoy para comer mañana, sin ocuparme del porvenir... Pero hé aquí que un dia tropiezo en mi camino á Justina, una jóven llena de gracias... y de virtudes... de quien me enamoro... y ¡zás! me presento al padre—un capitan de carabineros, barrigon, capaz de decomisar al niño de la bola—y sin más rodeos le pido la mano de Justina. «Y dígame usted, caballerito—el padre—(Ahueca la voz.) ¿con qué recursos cuenta usted para mantener á mi hija?»—Prosáico militarote!—Ahora verás—dije yo—tratando de anonadarle: «Tengo una carrera brillante, señor mio. Escribo para el teatro, es decir, pienso escribir para el teatro. Hoy por hoy, no tengo mayormente un perro chico. Sin embargo, no dejo de hacer versos... y aliento grandes esperanzas de que... Está bien—replica el padre.—En el cuarto de banderas he oido decir muchas veces que

en España el que es poeta
nunca tiene una peseta!

en consecuencia de lo cual, amiguito, hágase usted la cuenta que han tocado *retirada*. Aprenda usted un oficio y entónces hablaremos.» ¡Bárbaro! ¡Hombre, y qué facilidad tenía para hacer aleluyas!... En tan apurado trance, Justina concibe la idea luminosa de casarnos en secreto. Alquilo este cuarto, en donde pasamos las veladas, ella bordando y yo escribiendo. Pero el estúpido portero nos amenaza con plantarnos en la calle si no satisfago el importe de tres meses... Justina tiene gran cariño hácia esta morada... ¡nuestro vergel de cinco duros mensuales! como ella dice... Entónces no vacilo en arrostrar las iras de mi tio el canónigo: me voy á Toledo... ablando á mi tio...

y héme aquí, por fin, al cabo de ocho dias con veinticinco duros contantes y sonantes! Perfectamente! Ahora, mientras llega mi amorosa Justina, á quien he escrito anunciándole mi regreso, voy á ver si consigo terminar el segundo acto de mi tragedia.

ESCENA VI.

EL MISMO, escribiendo de espaldas á la habitacion en donde se hallan MARGARITA y PABLO: estos aparecen en la puerta, y cuando el diálogo lo indique, se colocarán en la calle que forma el biombo. Conviene que haya muy poca luz.

MARG. Dios mio, Pablo! Hay una luz en este aposento!

PABLO. Pues yo no he dejado fuera la palmatoria...

MARG. ¡Hombre, cómo la has de haber dejado fuera si la tienes en la mano!

PABLO. No seas miedosa! Lo mejor es que nos asomemos de puntillas. (Se acercan.)

MARG. y PABLO. (Raparando en Pepe.) Ah!! (Gesticulan.)

MARG. Pablo, Pablo, por Dios, saca el rewolver!

PABLO. Caracolitos! Se me había olvidado. (Lo saca.) Aquí está Ahora no tengas miedo... yo te defenderé... aprende de mí! (Agita con gran temblor el rewolver.)

MARG. Ay! Tu presencia de ánimo, tu pasmosa serenidad prestan fuerzas á mi espíritu... Mira, Pablito; me parece que me voy á desmayar!

PABLO. Mujer, espérate por lo ménos á que sepamos quien es ¡*ese*!

MARG. Qué intenciones crees tú... que... tendrá?

PABLO. Ignoro, Margarita, qué intenciones podrá tener ese caballero que parece un ladron, quiero decir, ese ladron que parece un caballero...

MARG. Y lo peor será si tiene cómplices!

PABLO. Chist! Por misericordia, que nos puede oir... Observemos!

MARG. Observemos! (Nuevas gesticulaciones.)

PEPE. (Leyendo.)

. . . . . «Qué nuevas dudas?
¿Por qué el remordimiento me acobarda?
¡Ya no hay poder que á mi puñal se oponga!
Hoy surge poderosa mi venganza!
Conocido te soy; mírame y ¡tiembla!
¿Por qué mi rostro y mi valor te espantan?
He huido de Pompeya! Soy Horacio
que por mi noble estirpe y por mi patria,
al esposo feliz de Margarita
he jurado dar muerte.»

PABLO. Muchas gracias!

MARG. ¡Ay, ay, ay! Qué va á ser de mí? ¡Dios mio! El corazon me lo auguraba... Sí! Qué verdad que no hay dicha completa! (Llora.)

PABLO. (Llorando.) Vamos, no llores. Mira; se me ocurre una idea. Le diremos que se lleve hasta la mesilla de noche! Qué se aproveche de todo!

PEPE. (Sigue leyendo.)

«Pluguiera al cielo que á mi triste pecho
tan funesta pasion nunca llegara!
Ella robó mi dicha! Ella ha matado
la postrera ilusion de mi esperanza!
Ya la veo en las sombras de la noche,
suelto el cabello y fija la mirada
por el espacio azul, la oscura senda
recorrer á su lado. ¡Oh suerte infausta!
Ella que fué á mis ruegos insensible,
y á los halagos de mi amor ingrata,
en los brazos de otro hombre se refugia!
Y vive con su amor! ¡Deidades sacras!
Que muera de una vez. ¿Por qué vacilo?
Horacio soy y mi deber lo manda!»

PABLO. Ya lo ves... no hay salvacion posible! No es un ladron vulgar como creíamos! Está enamorado de tí... ¡loco de amor! Dice que se llama Horacio... ¡pero quién es

Horacio?

MARG. Horacio? El primito de Sofía... el que dice que tú eres tonto.

PABLO. Ah! Conque dice que yo soy tonto? Mejor! Por lo mismo no debe atentar contra mi existencia... Pues si tuviera que matar á todos los tontos!...

MARG. Es increible! Pretender asesinarte un hombre de carrera, cuando le han nombrado recientemente asesor...

PABLO. Pues si es asesor, no puede ser asesino... digo, pues si es asesino no puede ser asesor...

MARG. De todos modos, si se aproxima...

PABLO. Descuida. Pero dime: ¿es verdad que te ha requerido de amores? Que te ha revelado su pasion?

MARG. Cá, hombre! Si es viudo!

PABLO. No, eh? Bien claro lo ha dicho. Caracolitos!

MARG. Espera. Recuerdo que hace más de un año vino á casa con su esposa difunta...

PABLO. Oh! ¿Conque llevaba á su mujer de visita, difunta...

MARG. No, hombre, no!... Vino á casa en compañía de la que hoy es su difunta esposa...

PABLO. Bueno! Y qué?

MARG. En el momento en que estábamos solos... me aseguró que tenía yo un cuerpecito... así... echándome una mirada de manteca... y lanzando un suspiro de...

PABLO. Sí, de café con leche!

MARG. Así es que, te lo juro, nada sabía...

PABLO. Chist, silencio! Escuchemos.

PEPE. (Volviendo á leer.)

«Aún no ha venido Polidoro. Es fuerza
que para ver segura mi venganza
espere su regreso.—Él es mi cómplice
y con su saña aumentará mi saña!
Hondo silencio! Hasta la luna presta
amparo á mi designio.—Triste y pálida
y envuelta entre las nubes que se alejan,
me finge que se mueve de mis lágrimas!»

—La cuestion es que... muerto el esposo... ¿qué debo

hacer con Margarita? En efecto; esta es la gran dificultad de la *trama*. Necesariamente, para la buena composicion del *nudo*... es preciso hacer algo con Margarita!

MARG. Jí!... jí... jí!... Pablito, despues de muerto tú, ¿qué creerás que puede hacer conmigo ese caballero?

PABLO. Mujer, yo no puedo creer nada despues de muerto! (En el mismo tono.)

PEPE. Basta por hoy. (Deja la pluma.) Esta noche no me encuentro inspirado! (Quita la vela y bebe en la botella.) Ya se vé! Con el cansancio del viaje... (Vuelve á beber.) Esto aviva mi númen... Hay dias que para inspirarme necesito beberme el candelero! (Da un puñetazo sobre la mesa.)

MARG. y PABLO. Ay!!

PEPE. Yo tomaría ahora algo; sí señor, tomaría algo.

PABLO. Y yo tomaría la puerta.

PEPE. Ea! Estoy resuelto. (Guarda los papeles en el bolsillo.) Parece que he notado cierto ruido... Bah! Puesto que Justina tarda, lo mejor será ir en su busca. (Se levanta, Margarita y Pablo echan á correr y cierran la puerta.) Precisamente en dos saltos llego á la calle del Almirante... Quizás no haya recibido la carta que la escribí desde Toledo... ¡Nada! Cuestion de dos minutos y salgo de dudas... ¡Vuelvo! (Váse precipitadamente por la derecha.)

ESCENA VII.

MARGARITA y PABLO.

MARG. Se marcha! Y tiene la llave de la escalera de servicio! (Se oye cerrar la puerta.) Sin duda ha desistido de su propósito!...

PABLO. De todos modos, lo más prudente sería abandonar el *piso*. Bajaremos á casa de mamá... De paso avisaremos á Quintin...

MARG. Sí, huyamos! Yo no quiero permanecer ni un momento más en este maldito sotabanco!...

PABLO. Toda precaucion es poca... Hay que evitar el menor ruido... pudieran acecharnos...

MARG. Bueno. Tú, delante... sin dejar de apuntar; pero ¡por Dios! que no se te escape...

PABLO. Vamos. (Se dirigen á la puerta del foro.) Estamos perdidos! Mamá se ha llevado la llave, cerrando por fuera.

MARG. En efecto: recuerdo que nos ofreció traernos muy temprano el chocolate. ¡Maldito chocolate! Á mí se me ha descompuesto todo el sistema nervioso!... Siento así, como unos retortijones...

PABLO. Esos son siempre los efectos del chocolate...

MARG. Pero ¿qué hacemos?—Es preciso arbitrar un recurso... (Se oye ruido por la derecha.) Cielos!

PABLO. Oh!

MARG. Vuelve!—Ahora es asunto concluido...

PABLO. Refugiémonos allí... corramos... el cerrojo!

MARG. Mejor será pedir socorro...

PABLO. Pero ¡desventurada! no ves que ántes de recibir auxilio nos acogotarían?

MARG. Jesús! Yo voy á encomendarme á todos los santos! (Vánse. Cierran la puerta.)

ESCENA VIII.

JUSTINA, entrando por la derecha.

Ay! Qué cansada vengo!... Vamos, veo con satisfaccion que Pepe me aguarda... nuestra *lámpara* lo indica... Y pensar que aún no hemos podido adquirir un modesto quinqué!... No hay duda! Pepe se ha acostado; pero ¿se habrá dormido? No ha tardado poco esta noche mi señor padre en hacerlo! Y el caso es que el menor dia se descubre el enredo. Estoy ya aburrida de tantos sobresaltos! Qué otro recurso le queda á mi padre que conformarse, cuando le revelemos que estamos casados? Porque no hay remedio! Es preciso, absolutamente preciso que lo sepa todo: tarde ó temprano el resulta-

do ha de ser el mismo... Nada, que rabie el autor de mis dias! Trataré de convencer á mi maridito... (Se dirige á la puerta izquierda.) ¡Calle! Cerrada!... Es extraño... Pero qué muebles son estos?... Qué veo! Un abrigo de mujer! Y un manguito! Y unos guantes! ¡Oh, miserable! Me engaña, me vende... Esto es abominable, espantoso; esto no tiene ejemplo! (Pisotea los objetos.) Ah! (Con satisfaccion.) ¡Válgame Dios, señor, y lo que son los hombres! Cuando apenas han trascurrido tres semanas desde nuestra boda. Ya me lo decía mi madrina.—No te cases con ningun hombre de talento.—Claro! Me está bien empleado. Si no hay mejores maridos que los tontos! Pero, cá! talento, que si quieres! Vaya un talento, traer aquí á otra mujer sabiendo que guardo para mi uso la llave de la habitacion... Y qué haré? Ante todo debo entrar á viva fuerza en ese gabinete, cerciorarme, convencerme hasta la evidencia. (Se oye ruido por la derecha.) Alguien sube...

ESCENA IX.

LA MISMA, PEPE.

Justina se cubre la cara con el pañuelo. Pepe trae un gran paquete debajo del brazo y una botella en la mano.

JUSTINA. (Viendo á Pepe.) Ah!!

PEPE. Oh dicha! Te encuentro al fin! Ya me lo presumía yo. Amada Justina.

JUSTINA. (Ap.) (Ya verás la que se arma.)

PEPE. Indudablemente nos hemos debido encontrar en el camino... Era inútil que silbara al pié de tu reja. Diablo! Pero qué te sucede? (Deja sobre el velador los objetos.)

JUSTINA. (Ap.) (Pues si esperas á que yo te conteste...)

PEPE. Es así como recibes á tu maridito despues de una larga ausencia de ocho dias? (Se sienta á su lado.) Ocho dias mortales para mí, dulcísima Justina! (Le coge una mano.

Justina llora.) Pero, chica, qué te pasa? Eh! Ya me lo figuro. Alguna reyerta doméstica. Tú padre que te habrá reñido como suele! Es claro. La mayoría de los militares guardan las formas sociales para el cuartel y los ademanes bruscos y guerreros para la familia. Mujer, tranquilízate. No le hagas caso. Si es carabinero!

JUSTINA. Sí, eso es. Vénme ahora con *chirigotitas*.

PEPE. ¿Tengo yo la culpa de que mi señor suegro emplee contigo los modales del tiburon?

JUSTINA. (Ap.) (Yo quisiera sacarle los ojos á mi maridito...)

PEPE. Mira, Justina, dispénsame; pero tu papá es muy bruto!

JUSTINA. Usted sí que es un... tiburon; peor que eso, un cocodrilo. ¿Pensaba usted que no habrían de descubrirse sus trapisondas?

PEPE. ¿Eh?

JUSTINA. Tanta prisa por satisfacer los alquileres... Ah! Ya se ve! Por lo visto, trataba usted de establecer aquí un serrallo?

PEPE. Pero qué serrallo ni qué niño muerto! Justina, tú has debido de comer fuerte!

JUSTINA. ¿Piensa usted que se juega impunemente con una pobre mujer porque se encuentra desamparada, porque *ha venido á ménos*?...

PEPE. Hombre! Que me muerda *mis Leona* si entiendo ni una palabra de este enredo. (Desesperado.)

JUSTINA. Atrévase usted á negarme sus liviandades, sus groseras liviandades! Será usted capaz de desmentir lo que una ha visto?

PEPE. Mujer, aquí debe haber gato encerrado...

JUSTINA. Gato, no: gata, sí señor, gata y muy gata!

PEPE. Á no dudarlo, tú eres víctima de alguna alucinacion...

JUSTINA. Qué?

PEPE. Ea! Ya hablaremos de eso. Considera, amada Justina, que estamos en nuestro nidito... Para demostrarte que ni quiero, ni puedo querer á nadie más que á tí, disponte á recibir una sorpresa! Verás. Te prohibo terminantemente volver la cabeza hasta que yo te avise.

(Coloca á Justina convenientemente.) Ahora verás, ahora verás. (Abre el paquete, dispone algunos pasteles con cierta simetría: luégo destapa la botella con una navaja.)

ESCENA X.

LOS MISMOS—PABLO y MARGARITA.

MARG. No se advierte el menor ruido...

PABLO. Ay, Margarita! Tu curiosidad nos va á ser funesta!

MARG. Creo que han debido huir...

PABLO. Mucho silencio, por Dios! Que me vas á comprometer! (Vuelven á retirarse; despues avanzan. Todo esto con las mayores precauciones y gestos.)

MARG. Aún hay lúz!

PABLO. Oh! El cielo nos proteja! Ya son dos... ¡Observa! Quién será... *esa?*

MARG. ¿Esa?... Esa debe ser la persona á quien esperaba Horacio. Recuerda:

«*Aún no ha venido Polidoro.*» (Remedando á Pepe.)

PEPE. Gran situacion! Ajajá! Ya puedes volver la cabeza. Navaja en mano y... á ellos! (Por los pasteles. Justina vuelve, en efecto, la cabeza, pero al lado contrario, y descubre á Margarita. Esta y Pablo dan un grito ahogado y se ocultan.)

JUSTINA. Ahí está! Ahí está!! Niégamelo ahora, vil impostor! Una mujer, sí, una mujer! La he vísto con mis propios ojos, ya no me queda la menor duda...

PEPE. Una mujer!

JUSTINA. Espera! (Se lanza contra la puerta.)

PEPE. ¿Has visto una mujer? Estás loca! Piensa que ahí dentro no puede haber nadie... Nosotros únicamente tenemos las llaves del cuarto.

JUSTINA. ¿Que no? Que no puede haber ahí ninguna mujer? Aguarda! Ahora verás! ¡Abra usted, señora! Abra usted! Mire usted que voy á echar la puerta abajo!

MARG. (Dentro.) Socorro! Ladrones! Que nos asesinan!

PABLO. (Id.) Socorro! Socorro! Á la guardia!

PEPE. ¡Zambomba! ¿Quién diablos arma tanta gresca en en nuestro dormitorio? Y llaman á la guardia! Esto es para volverse uno loco!

JUSTINA. Usted tiene la culpa de este escándalo! Usted, que secuestra en nuestra morada las mujeres á pares! Porque lo ménos hay dos! Sí, hay dos!

PEPE. (Dando apresuradamente paseos por la escena. Justina siguiéndole detrás.) ¡Cómo! Que yo tengo la culpa de semejante alboroto? Señora! Usted no sabe lo que se dice: usted quiere acabar con mi paciencia; comprometerme, hacer que me lleven á la cárcel!

MARG. (Dentro.) Ladrones! Ladrones! Ladrones!

PABLO. (Id.) Socorro! Socorroo!

PEPE. ¡Anda, anda, chilla! Aquí va á ocurrir un cataclismo!

JUSTINA. (Llorando.) Ay, Pepe de mi alma! Yo tengo mucho miedo! Me parece que hay tambien un hombre encerrado... Escúchame, por Dios!

PEPE. Déjeme usted, señora! Déjeme usted!

JUSTINA. Esto sólo me faltaba ahora! Ay, Pepito! No me dejes abandonada en tan apurado trance!

PEPE. Abandonada! Demasiado, señora, demasiado *abandonada*!

JUSTINA. Hace poco asegurabas que á nadie querías en el mundo más que á mí! Me hablabas de nuestro nidito...

PEPE. Justo! Precisamente, de nuestro nidito. Esta es la causa eficiente. No podía ser de otra manera. Hay noventa y nueve escalones para trepar á este encantado chiribitil!

JUSTINA. Ah! Pero tú crees que la causa?...

PEPE. La causa, la verdadera causa estriba en la precision que hemos tenido de refugiarnos en una vivienda de cinco duros mensuales!

JUSTINA. Pero, considera...

PEPE. Á esta clase de sobresaltos, únicamente se hallan expuestos los desheredados de la fortuna! Los pobres, los pobres como nosotros! Escucha. (Deteniéndose.) Los pájaros experimentados jamás cuelgan sus nidos ni en la

copa ni al pié de los árboles: ni muy altos para precaberse de las aves de rapiña, ni muy bajos para evitar las rapiñas de los muchachos.

JUSTINA. Pues bien! Creo que por la escalera de servicio... debemos huir.

ESCENA XI.

LOS MISMOS—DOÑA JUANA, envuelta en un manton. QUINTIN con gorro de dormir y un hacha de partir leña. Despues MARGARITA llevando la palmatoria, y PABLO.

JUANA. Margarita, Margarita! Ánimo!

QUINTIN. El que dé un paso adelante, lo parto por el eje! Todo el mundo boca abajo! (Justina se oculta detrás de Pepe.)

PABLO. (Apuntando con el rewólver.) Alto! Dénse ustedes presos! Boca abajo todo el mundo!

PEPE. No sea usted bruto, portero! ¿Qué manera es esa de tratar á los pacíficos inquilinos?

QUINTIN. (Ap.) Válgame Santa Escolástica! El poeta! Estoy perdido!

JUANA. (Á Pepe.) Es inútil que haga usted resistencia. Ya sube el sereno, y va usted á empeorar su situacion si comete un nuevo crímen!

PEPE. Pero, señora, ¿qué está usted diciendo? Yo no soy ningun criminal, ¿estamos? Soy el propio y natural inquilino de esta habitacion.

JUANA. ¡Cómo! Qué dice este hombre?...

JUSTINA. La verdad, señora, la verdad. Somos los inquilinos.

JUANA. Los inquilinos! No comprendo qué significa... Hágame usted el favor de explicarse...

PEPE. Está bien, señora! Nos explicaremos; pero que baje ese *sietemesino* el rewólver porque me temo que cometa alguna brutalidad.

JUANA. Pablito, hijo mio; suprime por un momento tu caraje bélico.

MARG. (Oh! Qué corazon de leon tiene mi Pablito!)

JUANA. Puede usted hablar.

PEPE. Señora, este sotabanco me pertenece. El señor es testigo de que no miento. (Señalando á Quintin.) Hace poco que lo habito en compañía... puede decirse que en compañía de esta jóven...

JUANA. Qué nuevo escándalo es este!!

PEPE. Y con quien estoy casado en secreto... en atencion á que su señor padre me rechaza por pobre. Sin embargo, con mi trabajo espero...

JUANA. (Á Quintin.) Ah! Hombre *prevaricador*, *sátrapa* y *fariseo*! Venga usted acá! ¿Conque sin mi anuencia alquila usted la habitacion y nada me dice?

QUINTIN. Yo pensaba decírselo á usted todo; pero este caballero desapareció hace algunos dias, y como no había satisfecho los alquileres... por evitarla un disgusto...

PEPE. En efecto, desaparecí; pero fué con el plausible objeto de cobrar en Toledo fondos. (Con cierto énfasis. Sonando algunos duros.) Vengan los recibos!

JUANA. Pues bien: toda vez que usted es una persona honrada, y sobre todo, para evitar en lo sucesivo las *contingencias* de estas *eventualidades* y análogas distracciones al señor Quintin, queda usted nombrado administrador de esta casa.

MARG. Y ademas, le cedemos graciosamente esta habitacion que tantos sustos me ha proporcionado en la noche de mis bodas...

PABLO. ¡Justo! Le cedemos graciosamente esta habitacion que tantos sustos me ha proporcionado...

JUANA. Basta, hijo, basta.

USTINA. (Al público.)

Fué buena ó mala, señores,
esta noche para mí?...

MARG. (Adelantándose.)

Vamos, aplaudid, que aquí
termina EL NIDO DE AMORES.

FIN.

NOTA.

Tengo el deber de dar públicamente las gracias á los seis actores que figuran en este juguete, por el inmerecido y cariñoso interés y la esmerada ejecucion con que han aumentado el éxito del mismo.

El Sr. Calvo ha hecho *un media-lengua* que realza en un todo el tipo de Pablo.

ADICION AL CATÁLOGO DE 1.° DE ENERO DE 1880.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
»	4	Amor, parentesco y guerra...	1	Sres. Aza y Estremera..	Todo.
2	2	Cambio de vía—j. o. v.....	1	D. Ramon Marsal.....	»
2	3	De infantería de marina—j. o. p.....	1	J. Sanchez Albarran	»
		De madrugada—s. o. v.....	1	Juan Utrilla.....	»
6	2	¡Ecce homo!—p. a. p.....	1	Manuel Matoses.....	»
3	3	El nido de amores—j. o. p..	1	Roque F. Izaguirre..	»
3	3	En la boca del lobo—j. o. p..	1	Ramon Marsal.....	»
3	2	Entre dos fuegos—j. o. p.....	1	Eusebio Sierra.....	»
2	2	La señora de P.***—c. o. v...	1	A. Alcon.....	Mitad.
4	2	Panacea sin igual—j. o. v..	1	J. Manuel Ascandoni.	Todo.
3	1	Siempre amigo—j. o. p.....	1	A. Alcon.....	Mitad.
		Sin atadero—j. o. p	1	E. Sanchez Castilla..	Todo.
3	1	Zapatero á tus zapatos—p. o. v.	1	Ramon Marsal.....	»
3	3	El mejor partido—c. o. v....	2	A. Alcon.....	Mitad.
		¡Adios, Madrid!.....	3	Sres. Ramos Carrion y Aza.....	Todo.
2	1	Amor y amor propio.....	3	D. A. Alcon.....	Mitad.
6	2	El cielo ó el suelo—d. o. v...	3	Eugenio Sellés.....	Todo.
8	4	No contar con la huéspeda...	3	A. Alcon.....	Mitad.
		ZARZUELAS.			
		Dos huérfanas.....	3	Sres. Pina Dominguez y Chapí.....	L. y M.
		La guerra santa.....	3	D. Emilio Arrieta.....	M.

NOTA. Ha dejado de pertenecer á esta Galería la mitad correspondiente al Sr. Fuentes del drama en un acto *Arte y corazon.*

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *Don M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *D. S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.